

fecho por la participación de todos en el haber material é intelectual de la humanidad, resultará para cada hombre un alivio singular de la conciencia, porque el estado de desigualdad cruel que colma á los unos de riquezas superfluas y priva á los otros hasta de la esperanza, pesa como un remordimiento, consciente ó inconsciente, sobre los seres humanos, sobre los dichosos principalmente, y mezcla siempre un veneno á sus alegrías. El mayor elemento de pacificación sería que nadie se ocupara de perjudicar al prójimo, porque está en nuestra naturaleza odiar á los que hemos perjudicado y amar á aquellos cuya presencia recuerda nuestro propio mérito. Las consecuencias morales de este acto tan sencillo de justicia, garantir á todos el pan y la instrucción, serían incalculables.

Si, conforme á la dirección actual de la evolución histórica, se llega pronto á que la humanidad satisfaga estos dos objetivos, no dejar á nadie morir de hambre ni permitir que nadie se estanque en la ignorancia, entonces se presentará otro ideal como un faro de plena luz, ideal para el cual ya trabaja un número siempre creciente de individuos: la alta ambición de reconquistar todas las energías que se extravían, de impedir la pérdida de las fuerzas y de los materiales en el presente, y también de reconquistar en el pasado lo que nuestros antepasados habían dejado perder. Se trata, desde el punto de vista general de las civilizaciones, de imitar lo que hacen los ingenieros actuales, que hallan tesoros en las tierras extraídas de las minas consideradas como agotadas por los antiguos mineros de Atenas. Si es verdad que en algún concepto los primitivos ó los antiguos hayan superado al hombre medio de nuestros días en fuerza, en agilidad, en salud corporal, en belleza del rostro, es preciso llegar á ser sus iguales. Sin duda, nuestra reconquista no llegará hasta recobrar el uso de los órganos atrofiados cuyo antiguo destino han descubierto algunos biólogos (Elie Metchnikoff), pero conviene saber la manera de conservar en su plenitud las energías de que aun disponemos, y retener el empleo de los músculos que, aun funcionando, se hayan debilitado y corran peligro de perder su valor en nuestro organismo. ¿Es posible impedir ese empequeñecimiento material del hombre, desequilibrado por un aumento de su aparato de pensar? Se le ha predicho que se transformaría

poco á poco en un enorme cerebro, rodeado de vendas que le preservarían de los constipados, y que el resto de su cuerpo se atrofiaría; ¿no puede hacerse algo contra esa tendencia? Los zoólogos nos dicen que el hombre fué en otro tiempo un animal trepador como el mono. ¿Por qué, pues, el moderno ha dejado perder esa destreza para escalar que poseen todavía de una manera tan notable ciertos primitivos, especialmente los que recogen los dátiles en la copa de las palmeras? El niño, cuya madre admira la sorprendente fuerza de prehensión manual, suficiente para suspender su cuerpo durante algunos minutos<sup>1</sup>, pierde gradualmente ese vigor primero porque se le evita cuidadosamente la ocasión de ejercerle: basta el peligro de estropear y desgarrar los vestidos para que en nuestra sociedad, forzosamente económica, prohiban los padres á sus progenituras la ascensión á los árboles: el temor del peligro es secundario en esta prohibición.

Tales temores dan por resultado que la mayoría de los hijos «civilizados» permanecen muy inferiores á los hijos de los salvajes en los juegos de fuerza y de agilidad. Además, no teniendo apenas ocasión de ejercitar sus sentidos en la libre Naturaleza, no tienen tampoco la misma claridad de visión ni finura de oído: como animales de bellas formas y de sentidos delicados, tales como los deseara Herbert Spencer, son en su mayor parte incontestablemente degenerados. No merecen las palabras de admiración que dedicaron los viajeros europeos á los jóvenes de Tenimber al verlos tirar el arco ó lanzar la azagaya<sup>2</sup>. Hasta entre los jugadores de pelota, de golf y de balonpié, que constituyen lo selecto de los civilizados respecto de belleza corporal, los espectadores hallarían difícilmente ocasión de extasiarse ante el perfecto equilibrio de las formas en todos los campeones. Es cierto que gran número de tribus negras y pieles rojas, malayas y polinesias son superiores por la pureza de las líneas, la nobleza de las actitudes, la elegancia de la marcha, no sobre tal ó cual tipo excepcional entre los Europeos, sino de los grupos tomados al azar, representando el tipo medio de las naciones de Europa. Ha habido, pues, respecto ese punto de vista, regresión general por el hecho de nuestro encierro casi continuo en las casas y de nuestro

<sup>1</sup> Drummond, *Ascent of Man*, ps. 101, 103.

<sup>2</sup> Anna Forbes, *Insulinda, Experience of a Naturalist's Wife in the Eastern Archipelago*.



traje absurdo que impide la transpiración cutánea, la acción del aire y de la luz sobre la piel, el libre desarrollo de los músculos, frecuentemente molestos, martirizados y hasta estropeados por el calzado y el corsé. Sin embargo, numerosos ejemplos prueban que esta regresión no es definitiva y sin apelación, porque aquellos de nuestros jóvenes educados en buenas condiciones de higiene y de ejercicios físicos se desarrollan en forma y en fuerza como los más bellos salvajes, teniendo sobre ellos la ventaja de la superioridad que les dan la conciencia de sí mismos y el prestigio de la inteligencia. Gracias á las adquisiciones del pasado, que el moderno adquiere rápida y metódicamente por la instrucción, logra vivir más que el salvaje, puesto que sabe condensar en su vida mil existencias anteriores y reunir las supervivencias para hacer de ellas un todo lógico y bello con las prácticas corrientes y las innovaciones de «previvencia». Júzguese del conjunto de fuerzas que el moderno puede reunir por los sabios escaladores actuales de los Alpes, del Cáucaso, de las Rocosas, de los Andes, del Tian-chan y del Himalaya. Es seguro que ningún Jacques Balmat hubiera subido al Mont-Blanc si no hubiera existido un Saussure para impulsarle á esta obra, y ahora ¿no son los Whimper, los Freshfield, los Conway los iguales en fuerza, en resistencia, en conocimiento y en práctica de la montaña, los iguales, quizá los superiores, de los guías montañeses más seguros ejercitados en todas las virtudes físicas y morales que requieren las ascensiones peligrosas? El hombre de ciencia se hace seguir ahora del montañés á la cima del Kilimandjaro ó del Aconcagua; él es quien conduce los Esquimales á la conquista del Polo. De ese modo el ideal que el hombre moderno ha concebido de conquistar cualidades nuevas sin perder ó hasta recuperando las que poseían los antepasados, puede realizarse perfectamente; no es una quimera.

Pero esta fuerza de comprensión, esta mayor capacidad del hombre moderno, que le permite reconquistar el pasado del salvaje en su medio natural antiguo, y asociarle, fundirle armónicamente con sus ideas más refinadas, todo ese aumento de fuerza sólo puede terminar por una conquista definitiva, normal, á condición para el hombre nuevo de comprender todos los demás hombres, sus hermanos, en un mismo sentimiento de unidad con el conjunto de las cosas.

He aquí, pues, la cuestión social que se plantea de nuevo y en toda su amplitud. Es imposible amar plenamente al salvaje primitivo, en su medio natural de árboles y de arroyos, si no se ama al mismo tiempo á los hombres de la sociedad, más ó menos artificial, del mundo contemporáneo. ¡Cómo admirar, cómo amar la pequeña y encantadora individualidad de la flor, cómo sentirse hermano con



LA WALHALLA DE BIAFO

Agujas de unos 7,000 metros de altura.

Esta parte del Karakorum, Kachmira septentrional, fué visitada, en 1899, por el señor y la señora Workman, acompañados de Zurbringen.

Cl. de la Appalachia.

el animal, cómo dirigirse á él á la manera que lo hacía Francisco de Asis, cuando no se ve en los hombres compañeros queridos, á menos que no se huya de ellos, á fuerza de amor, para evitar las heridas morales que vienen del rencoroso, del hipócrita ó del indiferente! La plena unión del civilizado con el salvaje y con la Naturaleza, no puede hacerse sino por la destrucción de las fronteras entre las castas, lo mismo que por la de las fronteras entre los pueblos.

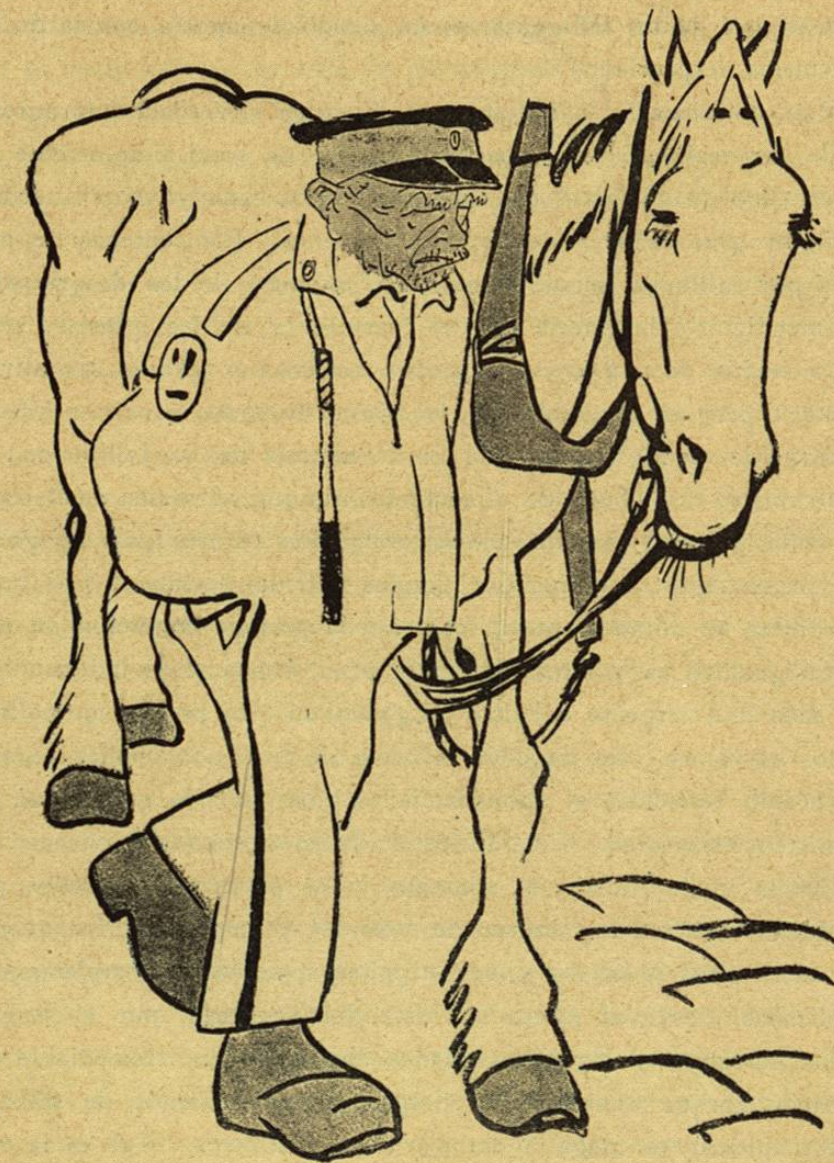


Preciso es que, sin obedecer á antiguos convencionalismos y costumbres, el individuo pueda dirigirse á cualquiera de sus iguales con plena fraternidad y hablar libremente con él «de todo lo que es humano», como decía Terencio. La vida, vuelta á su primera sencillez, da por esto mismo plena y cordial libertad de comercio con los hombres.

¿Ha hecho la humanidad reales progresos en esta vía? Absurdo sería negarlo. Lo que se llama la «marea democrática» no es otra cosa que ese sentimiento creciente de igualdad entre los representantes de castas diferentes, antes enemigas. Bajo las mil apariencias cambiantes de la superficie, el trabajo se verifica en las profundidades de las naciones, gracias al conocimiento creciente que adquiere el hombre de sí mismo y de los otros: así llega á encontrar cada vez más el fondo común por el cual nos semejamos unos á otros, á desprenderse de la confusión de las opiniones superficiales que nos tenían separados; marchamos, pues, hacia la conciliación futura, hacia una forma de felicidad mucho más extensa que aquella con que se contentaban nuestros abuelos los animales y los primitivos. Nuestro mundo material y moral ha llegado á ser más vasto, y al mismo tiempo más amplia nuestra concepción de la felicidad, que en lo sucesivo no será tenida por tal sino á condición de que todos participen de ella, de ser consciente, razonada y de comprender en sí las investigaciones apasionadas de la ciencia y de las alegrías de la belleza antigua.

Todo eso nos aleja singularmente de la teoría del «Superhombre», tal como la comprenden los aristócratas del pensamiento. Los reyes, los poderosos, suelen imaginarse que hay dos morales, la suya, que es la del capricho, y la obediencia, que conviene al pueblo. Del mismo modo, los jóvenes presuntuosos, adoradores de la fuerza intelectual que creen poseer, se instalan cómodamente sobre alguna alta estancia de su torre de marfil donde no penetran los humildes mortales. Poco numerosos son los elegidos con quienes se dignan confabularse; quizá hasta se creen solitarios. El genio les pesa; llevan bajo su frente, que surcan fatales arrugas, todo un mundo borrascoso, y ni siquiera ven, bajo el vuelo de su pensamiento, la masa bullidora y amorfa de la multitud desconocida. Cierta es que para el hombre no hay límites que no pueda franquear su ambición de estudiar y de aprender; sí, debe procurar la realización de su propio

semejante injusticia, y no detuvieran á los otros ó les quemaran sus casas». Por su parte Montaigne siente lástima por esos sal-



Dibujo de A. Roubille.

Cl. de l'Assiette au Beurre.

Á ti te espera el muladar.  
Á mí me espera la Morgue.

vajes Brasileños, «que se han dejado engañar por el deseo de las novedades, y han abandonado la dulzura de su cielo para venir á



ver el nuestro». «De ese comercio nacerá su ruina»<sup>1</sup>. Y, en efecto, aquellos Tupinambos del litoral americano no han dejado descendientes: todas las tribus han sido exterminadas, y si queda un poco de la sangre de los indígenas, es en estado de mezcla con la de los proletarios despreciados.

La conquista del pan, tal como la exige el verdadero progreso, ha de ser realmente una conquista<sup>2</sup>. No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan por derecho humano y no por caridad de algún gran señor ó de un rico convento. Por centenas de mil, quizá por millones, puede contarse el número de los desgraciados que mendigan á la puerta de los cuarteles y de las iglesias: gracias á bonos de pan y de sopa distribuidos por gentes caritativas, vegetan; pero es probable que la acción de todos esos necesitados no tenga la menor importancia en la historia de la civilización: el hecho mismo de haber sido alimentados sin que afirmasen su derecho á la vida, y quizá también con la obligación de atestiguar su gratitud, prueba que se tenían por simples detritus sociales. Los hombres libres se miran frente á frente, y la primera condición de esta franca igualdad es que los individuos sean francamente independientes, cada uno respecto del otro y ganen su pan por la mutualidad de los servicios. Se ha dado el caso de que poblaciones enteras hayan sido reducidas al anonadamiento moral por la gratitud de la existencia material. Cuando los ciudadanos romanos tuvieron con suficiencia y sin trabajo el alimento y los placeres asegurados por los dueños del Estado, cesaron de defender el Imperio. Muchas clases, entre otras la de los «buenos pobres», se hallan completamente inutilizadas, desde el punto de vista del progreso, por el sistema de las limosnas, y algunas ciudades han caído en irremediable decadencia porque una multitud holgazana, no habiendo de trabajar para sí misma, se niega á trabajar para los otros. Tal es la verdadera razón por que tantas ciudades y hasta naciones son «muertas». La caridad trae consigo la maldición para sus protegidos. Júzguese por las fiestas aristocráticas en que pequeños herederos de grandes fortunas, lujosamente vestidos, con nobles ademanes,

<sup>1</sup> *Essais*, lib. 1, cap. XXX, ps. 321, 322, edit. Louandre.

<sup>2</sup> Pedro Kropotkine, *La Conquista del Pan*.

graciosas sonrisas y bajo cariñosas miradas de sus madres ó de sus ayas, distribuyen regalos y aguinaldos á los pobres callejeros, limpios y mudados convenientemente para el caso. ¿Hay espectáculo más triste que el que ofrecen esos desgraciados niños deslumbrados, por el brillo del oro en toda su munificencia?

¡Atrás, pues, esa fea caridad cristiana! La causa del progreso se halla entregada á los conquistadores del pan, es decir, á los hombres trabajadores, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo. Á ellos corresponde introducir el método científico en la aplicación á los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares y realizar el pensamiento de Condorcet: «La Naturaleza no ha puesto ningún término á nuestras esperanzas», porque, como ha dicho otro historiador sociólogo: «Cuanto más se pide á la naturaleza humana, más da; sus facultades se exaltan con el trabajo, y no se perciben límites á su poder»<sup>1</sup>. En cuanto el hombre está firmemente seguro de los principios según los cuales dirige sus actos, la vida se le hace fácil: conociendo plenamente lo que le es debido, reconoce por esto mismo lo que se debe á su prójimo, y como consecuencia rechaza las funciones usurpadas por el legislador, el gendarme y el verdugo; gracias á su propia moral, suprime el derecho (Emile Acollas). El progreso consciente no es un funcionamiento normal de la sociedad, un acto de crecimiento análogo al de la planta ó del animal; no se abre como una flor<sup>2</sup>. Se comprende como un acto colectivo de la voluntad social, que llega á la conciencia de los intereses solidarios de la humanidad y los satisface cumplida y metódicamente, consolidándose tanto más á medida que esta voluntad se rodea de nuevas adquisiciones. Ciertas ideas, una vez admitidas por todos, se hacen indiscutibles.

En su esencia, el progreso humano consiste en encontrar el conjunto de los intereses y de las voluntades común á todos los pueblos; se confunde con la solidaridad. Ante todo debe tender á la economía, muy diferente en esto á la naturaleza primitiva, que prodiga las semillas de la vida con tan admirable abundancia. Actualmente la sociedad se halla todavía muy lejos de haber alcan-

<sup>1</sup> H. Taine, *Philosophie de l'Art dans les Pays-Bas*.

<sup>2</sup> Herbert Spencer, *Social Statics*, p. 80.